

fuertes y guarniciones de Jacques-Cartier, Tres Riberes y demás apostaderos que se hallasen ocupados en todo el largo del Canadá, desde las fronteras de la Acadia hasta la punta de Michillimakinac y riberas del lago superior.

A pesar de los laudables esfuerzos de los hombres que tenían á su cargo la defensa del Canadá, este país fué irremisiblemente perdido para la Francia. Desde aquel momento las fuerzas marítimas inglesas podían tomar otra dirección, é hicieron vela hácia las Antillas; conquistaron sucesivamente la Martinica; la Dominica, las Barbadas, San Vicente y Tobago. Habiéndose unido la España á la Francia en 15 de agosto de 1761, por medio del tratado conocido con el nombre de pacto de familia, fué aquella igualmente atacada. Jorge Pocock y el conde de Albemarle se apoderaron de la Habana al siguiente año; otra escuadra inglesa se dirigió hácia las Filipinas, y Manila fué ocupada por el almirante Cornish y el general Draper.

Vino la paz del 10 de febrero de 1763 que confirmó lo que había decidido la suerte de la guerra. La Francia renunció á todas sus pretensiones sobre la Nueva Escocia ó Acadia; cedió y afianzó á la Inglaterra el Canadá con todas sus dependencias, como igualmente la isla del cabo Breton y todas las islas y costas del golfo y río de San Lorenzo. Conservaron los Franceses en una parte de la playa de Terranova el derecho de pesca y salazon que les había asegurado el tratado de Utrecht, desde el cabo Buenavista hasta el cabo Baya, con libertad de pescar en el golfo á distancia de tres leguas de las costas que ocupaba nuevamente la Inglaterra; é igualmente fueron cedidas á la Francia las islas de San Pedro y Miquelon, situadas al mediodía de Terranova, para servir de abrigo á sus barcos de pesca.

La línea de demarcación de las colonias inglesas y francesas en el continente americano, fué convenido que pasaria por en medio del curso del Misisipi, desde su orijen hasta

el río de Iberville, y que se prolongaria hasta el mar por medio de este río y de los lagos Maurepas y Pontchartrain; de modo que la Francia cedia todo cuanto había poseído en la márgen oriental del Misisipi, á escepcion de Nueva Orleans y la isla en que está situada. La navegación del río tanto en longitud como en latitud quedaba libre para las dos naciones, sin que sus buques pudiesen ser detenidos, registrados ni sujetos á derecho alguno. Las adquisiciones que hacia la Inglaterra á levante del Misisipi se aumentaron con las Floridas, cuyos principales establecimientos eran entonces las ciudades de San Agustín y Panzacola; la España tuvo que abandonar todos los derechos de soberanía y posesión que tenía sobre esta colonia, para rescatar la Habana y Manila, prefiriendo renunciar á las Floridas mas bien que á los principales puestos de la isla de Cuba y de las Filipinas.

La corte de Madrid quedó ampliamente indemnizada de sus pérdidas por la cesión que le hizo la Francia de todos los territorios de la Luisiana, situados á poniente del Misisipi y del río de Iberville. Este tratado fué firmado el mismo día de la conclusión de la paz, pero no sancionado por el voto unánime de los Franceses, á quienes pareció muy sensible que su gobierno, despues de haber hecho tan grandes concesiones en América, á que se había visto reducido por la fortuna de las armas, se resignase á hacer otros sacrificios á favor de sus aliados; porque la Francia, al empeñarlos en aquella lucha, no había respondido de la integridad de sus dominios, y no se halla una razón que explique porqué su liberalidad política para con sus asociados le hacia abandonar una vasta y preciosa colonia que la guerra le había dejado, y donde los habitantes de sus demás posesiones de América hubieran podido refugiarse. No se crea por esto que dicha colonia se hallase en un estado agrícola muy floreciente; por cuanto á no ser algunos puntos de las riberas de los grandes ríos, todo lo

demás estaba aun desierto, hallándose casi toda la población concentrada en la ribera inferior del Misisipi; pero la navegación de un río tan inmenso y de sus tributarios, la fertilidad del país, y la esperanza de que llegarían allí muchos emigrados de Europa y de otras partes de América, prometían rápidos adelantos á la agricultura, al comercio y á la población de aquella colonia, si la Francia hubiese tratado de aprovechar estas fuentes de riqueza; y si despues de la paz hubiese sabido indemnizarse allí de sus pérdidas.

Por otra parte muchos ciudadanos ilustrados se preguntaban entre sí si un gobierno puede disponer á su antojo de la suerte de los pueblos que se hallan bajo la égida de su protección paternal, á no ser cuando la dura ley de la guerra y de la necesidad le impone un sacrificio tan doloroso; y esas almas jenerosas se lamentaban de la suerte de una colonia que veía rotos repentinamente sus vínculos mas caros de familia, y sentían á un mismo tiempo la crueldad de estas separaciones individuales y la disminución colonial de la Francia.

LIBRO SESTO.

GUERRA CON LOS INDIOS DEL OESTE.

ESPLORACION DE LOS VALLES DEL OHIO. ANTIGUEDADES Y MONUMENTOS AMERICANOS. OTRAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LAS COMARCAS NUEVAMENTE ADQUIRIDAS. CAMBIO DE DISPOSICION EN LAS COLONIAS. PRIMEROS SINTOMAS DE SU ESPIRITU DE INDEPENDENCIA.

La renuncia que hizo la Francia de todas sus posesiones del Canadá y de todos los países situados al oriente del Misisipi, cambiaba enteramente la situación de los Indios, experimentando principalmente los efectos de esta cesión los que vivían al mediodía de las grandes lagunas. Los Franceses habían ocupado allí muy pocos establecimientos, y al rededor y al abrigo de estos apostaderos habían formado algunas plantaciones, cuyo incremento

era muy poco sensible; en tiempo de guerra estas posiciones ofrecían medios de defensa y puntos de reunión, y en tiempo de paz aseguraban las comunicaciones del comercio y proporcionaban mantener relaciones con muchas tribus, de que nacía una mutua confianza entre estos y los Franceses.

Los pueblos indios que se hallaban entre las colonias de Francia é Inglaterra tenían por otra parte grande influencia en las desavenencias de los dos gobiernos, porque tanto el uno como el otro necesitaban contemplarlas, atraerlas á su alianza y tenerlas por auxiliares.

Esta importancia política de los Indios ya no fué la misma cuando no tuvieron por vecinos mas que una sola potencia europea, y cuando se vieron rodeados y como sitiados por sus posesiones. La cadena de apostaderos fortificados que ocupaban á la sazón los Ingleses á su alrededor, se componía de los fuertes Frontenac y Niagara, cerca del lago Ontario; los de Buffalo, Península y Sandusky, al mediodía del lago Erié; los de Miamis y del Estrecho, hácia su extremo occidental, y los de San José, Bahía Verde y Michillimakinac, al rededor del lago Michigan; al occidente tenían los fuertes Illines, Chartres y Kaskaskia, y en el interior los de Vincennes, á orillas del Wabash, de Massiac, cerca del embocadero del Tennesé, de William, hácia el del Kentucky, y de Pittsburgo, á orillas del Ohio.

Los Indios, en cuyo territorio se hallaban diseminados estos varios apostaderos, viéndose sin el auxilio de una potencia que solía protegerles, empezaron á temer por su existencia; pues consideraban aquellas fortalezas como eunas de otras tantas colonias, y en vista de los rápidos adelantos de la Inglaterra en todas las rejiones que ya había sometido, sospechaban que cada uno de aquellos nuevos establecimientos se ensancharia igualmente, y que todas las naciones americanas, echadas unas sobre otras, perderían finalmente todos sus territorios. Dominados de esta opinión, que tantas pérdidas suce-

sivas había acreditado, trataron los Indios de unirse entre sí y evitar con un ataque imprevisto los peligros de que se creían amenazados. Esta confederación se formó en 1763, y á su frente pusieron los Shawaneses, los Delaware y los Indios del Ohío: distribuyéronse entre todas las tribus las operaciones de la guerra, y simultáneamente fueron atacadas por los pueblos indios más inmediatos todas las fortalezas que los Ingleses acababan de ocupar en las fronteras de su nuevo territorio. La mayor parte de estos apostaderos tenían muy corta guarnición, pues fiados en lo reciente de la paz estaban descuidados, y por esto era más fácil el triunfo del enemigo. Apoderáronse los Indios de todos los fuertes, excepto de los de Niagara, el Estrecho y Pittsburgo, por tener más crecidas guarniciones y estar mejor provistos: la primera ni tan solo fué atacada, la segunda la defendió con bizarría el mayor Glodwin contra los Ottowais, y el fuerte Pittsburgo, mandado por el capitán Ecuier, resistió al primer ímpetu de los Indios del Ohío. El coronel Bouquet conducía al socorro de esta plaza una división que primero se dirigió al fuerte Ligonier, y en seguida pasó á marchas forzadas al valle de Bushy-Run; sus desfiladeros parecían despejados, pero el día 5 de agosto de 1765, los Ingleses se vieron repentinamente envueltos en una nube de enemigos que acudian de todas las alturas inmediatas, y por todos lados los acosaron en aquel angosto paso. Tienen los Indios un modo de pelear que les hace siempre temibles en los países arbolados y montañosos: hacen frecuentes escaramuzas, preparan emboscadas, permanecen quietos días enteros, esperando en silencio la llegada del enemigo; si huyen cuando se ven demasiado débiles, vuelven cien veces á la carga en otros puntos, usan de ardid hasta en su retirada, y finalmente, como no se les alcanza en la carrera, es menester envolverlos por todas partes para aterrarlos.

En una serie semejante de acciones, que principiaron al mediodía y

no concluyeron hasta la noche, lograron por fin las tropas inglesas desalojar á los Indios de todas sus posiciones; pero al día siguiente, al despuntar la aurora, fueron nuevamente atacados por fuerzas aun más numerosas. El coronel Bouquet resolvió acabar con un golpe decisivo; y cuando estuvo ya empeñada la acción, mandó replegar el centro de su línea con la mira de llamar hácia aquel punto las principales masas de los Indios; efectivamente, precipitáronse estos en el paso que acababan de abrirles los Ingleses; los cuales iban rápidamente á formar una emboscada en una altura cubierta de bosque donde no podían ser observados sus movimientos; y saliendo de repente y atacando con ímpetu los flancos del enemigo, no pudo este, asombrado y aterrado con una carga tan imprevista, ni sostener el choque, ni volver libremente á sus profundas guaridas. Percibieron un sinnúmero de Indios en los dos días 5 y 6 de agosto, y esta fué la última tentativa que hicieron; con lo que el coronel Bouquet pudo proseguir su marcha hácia Pittsburgo, donde llegó cuatro días después con el convoy, aunque no entero, por haber tenido que destruir todo el que llevaban los muchos caballos que se habían perdido en tan penosa y peligrosa marcha. Ya había cumplido el objeto de su expedición, que era proveer de víveres á Pittsburgo; los Indios, desalentados por dos derrotas consecutivas, abandonaron el sitio de la plaza, y el coronel Bouquet, no viéndose con bastantes tropas para perseguirlos en sus bosques, volvió á tomar cuarteles de invierno en Pensilvania.

Los salvajes se corrieron por los valles del Ohío, sin creerse seguros hasta haber llegado al Muskingum. Allí recojieron sus fuerzas, buscaron otros aliados y esperaron la primavera próxima para renovar las hostilidades, y llevar otra vez la desolación á las fronteras. Pero el general Gage, en quien recayó el mando de las tropas británicas, preparó contra ellos dos expediciones, la una, á las órdenes del coronel Brads-

treet, para obrar contra los Viandots, Ottowais, Chipewais y otras naciones ribereñas de los grandes lagos, y la otra, mandada por el coronel Bouquet, para atacar, como en la campaña anterior, los pueblos situados entre los lagos y el Ohío. Brads-treet se dirigió rápidamente á Sanduski, volvió á tomar posesión de todos los fuertes del noroeste, logró contener á los Indios en sus comarcas y les redujo á pedir la paz; pero los preparativos de la expedición del mediodía requería mucho más tiempo, y las tropas que la formaban no pudieron llegar á Pittsburgo hasta el 17 de setiembre de 1764. Con la proximidad del peligro víéronse apurados los Indios del Ohío, por lo que enviaron al coronel Bouquet varias diputaciones para negociar la paz; pero como aun eran ambiguas sus proposiciones, y este jefe quería poner término á sus irresoluciones, penetró más al interior de su comarca, llegando hasta los valles de Beaver-Creek y Muskingum; y no pudiendo los Indios contrarrestarle le hicieron pedir, en 17 de octubre, una conferencia para el día siguiente. Acudió á ella el coronel con un cuerpo de tropas de línea, voluntarios virjinius y caballería ligera; los caudillos de los Delaware, Shawaneses y Senecas vinieron en persona con sus principales guerreros: aquel, después de haberles reproducido las infracciones que habían hecho á sus anteriores promesas de amistad, no quiso consentir en otorgarles la paz hasta que hubiesen entregado todos los prisioneros que aun tenían, diciéndoles: «Conmigo están los parientes y amigos de los que vosotros os habeis llevado; todos quieren vengarse y piden una satisfacción. Los Ottowais, los Chipewais, y los Viandots han hecho ya la paz; nosotros somos señores del curso del Ohío, del Misisipi, del Miamis y de los lagos; os tenemos cercados por todas partes, y nos sería fácil estirpar vuestra nación entera; pero no queremos trataros con rigor con tal que en el término de doce días nos conduzcais todos vuestros prisioneros, sin es-

cepción, bien sean ingleses y franceses, hombres, mujeres y niños, bien sean todos los negros que igualmente habeis detenido.»

Ya el primer día los Delaware entregaron diez y ocho Europeos, y como prenda y símbolo de los demás que debían entregar, que eran en número de ochenta y tres, depositaron un lio de otros tantos tallos de plantas tiernas. Los Shawaneses dudaban en tomar semejante compromiso, por lo que el coronel Bouquet penetró en su país hasta las riberas del Scioto, y entónces se sometieron á devolver igualmente los prisioneros. El 9 de noviembre ya habían llegado al campamento doscientos y seis, y el mismo día se tuvo otra conferencia para tratar de la paz; los Senecas y los Delaware fueron los primeros en concluir, y su orador Kiyashuta, al ofrecer los collares ó presentes de costumbre (véase la lámina 42), dijo: «Ofrezco este wampum para enjugar las lágrimas de vuestros ojos, y os entrego los últimos hombres de vuestra carne y sangre que quedaban en poder de los Senecas y de los Delaware. Con este otro wampum enterrarémos todos los hombres que han perecido en la guerra que el espíritu maligno había promovido, y encubrirémos sus despojos con tierras y hojarasca para que no vuelvan á aparecer jamás, y queden de este modo sepultados hasta los rastros de nuestros enconos.» Iguales condiciones se estipularon en seguida con los Shawaneses, los cuales en medio de su derrota conservaron un carácter noble y arrogante, declarando que no renunciaban á la guerra por creerse débiles ó impotentes, sino por conmiseración á sus niños y mujeres.

La llegada de todos los prisioneros al campamento presentó un espectáculo tierno é interesante. Los padres, maridos y hermanos reconocían á sus hijos, esposas y hermanas; otros buscaban en vano los que habían perdido, sin atreverse á preguntar por ellos por temor de la respuesta. Los mismos Indios entregaban con sentimiento sus cautivos, porque ya les habían tomado cariño

y adoptado en sus familias; despedíanse de ellos con los ojos arrasados de lágrimas, y la fuerza de su afecto se los hacía recomendar al comandante inglés. Jamás habían sufrido estos prisioneros el trato de esclavos; antes los Indios dejándoles la vida les habían prohibido y alimentado como á hermanos, hermanas ó hijos, y algunos habían crecido en medio de los salvajes, aprendiendo su lengua y contraído sus hábitos, de modo que era preciso violentarlos para hacerlos volver con los Europeos; hasta hubo algunos que lograron escaparse y se volvieron á los establecimientos de los Indios.

Habiendo conseguido el ejército el noble objeto de su expedición, levantó el campo el 18 de noviembre, y llegó el 28 á Pittsburgo, desde donde se mandaron guarniciones á los varios apostaderos. Los prisioneros se dirijieron al país de su nacimiento, y á principios del año 1765 regresó el coronel Bouquet á Filadelfia, donde los representantes de la Pensilvania le dirijieron felicitaciones de agradecimiento, tanto á él como á sus soldados. Igual obsequio les hicieron los representantes de la Virginia; y el rey de Inglaterra Jorge III honró los méritos del coronel, nombrándole brigadier general de sus ejércitos y confiándole un mando en las provincias meridionales de América.

Cuando la paz estuvo restablecida en las rejiones occidentales de los Apalaches, los gobernadores de las colonias inglesas, ensanchadas con tan vastos territorios, trataron de reconocer la estension y los recursos de sus nuevas posesiones. Cada colonia, cuyos límites estaban antes fijados en la cordillera, iba á estender sus derechos hácia el poniente hasta las riberas del Misisipi; y estas nuevas rejiones ofrecían morada á los enjambres de su población y á los emigrados que aun les enviaria la Europa; aquellas fértiles tierras iban á ser beneficiadas, y el comercio iba á abrir nuevos caminos por entre aquellos bosques y zarzales. Verdad es que esas comarcas no las había

adquirido la Inglaterra sino de otra potencia europea; pero este título de posesion bastaba á los nuevos ocupantes, sin contar para nada los derechos de los indijenas, cuyas naciones eran consideradas como tribus salvajes, creyéndolas sin propiedad alguna por que vivian errantes en los bosques y asemejándolas á unos viajeros que atraviesan un territorio sin ocuparle y sin tener allí ninguna soberanía. Con que venia á suponerse que el derecho de jentes solo es aplicable á nuestras sociedades civiles, siendo así que debe ser estensivo á la humanidad entera.

Al recorrer varios puntos de estas comarcas se descubrieron los primeros vestijios de algunos monumentos antiguos, que parecian corresponder á una nacion mas adelantada en el estado social. Unos tenian la forma de cerros piramidales; otros se estendian en los llanos á semejanza de atrincheramientos, y otros seguian el contorno de la cumbre de una montaña, abrazando espacios mas ó menos dilatados. Las mas de estas líneas de circunvalacion solo consistian en obras de tierra, acompañadas de un foso paralelo, de donde se habian sacado los materiales para la construccion de aquellas, y tambien se habian empleado de trecho en trecho algunas piedras informes.

Estos diques ó cercas solian estar construidos hácia la confluencia de los rios, y por esto se ha calculado, que ó bien estaban destinados á contener los rios en su alveo é impedir la inundacion de los llanos inmediatos, ó bien á proteger contra las invasiones del enemigo á los habitantes de una ciudad ó de una vasta comarca. El temor, del peligro y el deseo de alejarle han sujerido en muchos países medios análogos de defensa, sin que hayan tenido necesidad los pueblos de imitarse unos á otros. Para esplicar esta semejanza basta tener presente que la marcha natural de la especie humana es un estado progresivo, y que las artes que orijina la necesidad se valen á menudo de los mismos procedimientos: esta observacion puede haberse hecho en varias comarcas del antiguo y

del nuevo mundo, donde los pueblos habian salido del estado salvaje y dado los primeros pasos hácia la civilizacion (véanse las láminas 37, 38 y 39).

No trataremos ahora de investigar los misteriosos anales de un antiguo pueblo sobre el cual no nos ha quedado clase alguna de tradicion histórica: lo único que podremos decir es, que muchas jeneraciones posteriores han pasado sobre su tumba, como lo atestiguan los viejos bosques que hoy dia coronan sus monumentos. Los mismos árboles renuevan allí su verdor hace ya ocho ó diez siglos, cuya edad es fácil reconocerles por el número y sucesivo desarrollo de sus capas concéntricas. Pero este indicio, de una remota antigüedad, es el único que nos ha dejado la naturaleza; y cuando queremos descubrir cuál fué esa nacion, de qué país era oriunda y á qué grado llegó de progreso social, la duda, las conjeturas y los sistemas se interponen al instante. Como está rota la cadena de los sucesos, trátase de substituir las probabilidades á los hechos, remóntase á los siglos fabulosos, pues cada tierra tiene los suyos, y se cree que el exámen crítico de algunas tradiciones maravillosas podrá tal vez guiar á descubrir la verdad.

Era fácil llegar á saber si estos monumentos encerraban algun vestijio de sus fundadores; y escavando la tierra de esas informes pirámides, levantadas por las manos de los hombres, se halló que encubrian las osamentas y el polvo de sus antepasados. Los conos mas elevados encierran mayor número de despojos; cada año iban levantándose con nuevas capas de tierra en que se hallan diseminados iguales restos; algunas veces están cubiertas con una capa de piedra; recibe á su vez las cenizas de otra jeneracion, y cada capa sucesiva se enriquece con estos fúnebres despojos.

Las proporciones de estos monumentos son mucho mayores en los países del mediodía que en los del norte; y por la cantidad de estos despojos mortales puede calcularse que

efectivamente la poblacion fué mas numerosa en los países de suelo fértil y clima mas dulce. Además parece que despues de haber enterrado por separado y en los mismos puntos, á todos los que habian perecido, luego se reunian en un mismo monumento todos estos restos dispersos. Este traslado se hacia con algunos ritos solemnes, y hemos ya notado que las naciones americanas han conservado su uso: el respeto que tienen á las tumbas está fundado en los sentimientos de la naturaleza, en el pesar de haber perdido á los que estimábamos, y en el deseo de honrar su memoria.

Estos lugares de entierro debian estar cerca de las habitaciones; por eso se encuentran con frecuencia cerca de los recintos fortificados. Pero tambien se ven muchos aislados en la llanura, como postreros indicios de una poblacion antigua, de cuya existencia han desaparecido todos los demás vestijios. Escavando en estas tumbas antiguas, se han hallado en ellas algunos restos de vasos de arcilla, armas ú otros instrumentos de piedra groseramente labrada, ó de cobre roído por el tiempo; pero no se ha encontrado utensilio alguno de hierro, que fuese anterior á la llegada de los Europeos.

Los principales monumentos de estas antigüedades americanas han sido descubiertos en las orillas del Ohío y de sus afluentes, en los territorios donde se construyeron consecutivamente las ciudades de Marietta, Circleville, Newark (véase la lámina 38); otros se han hallado en las orillas del Miamis (véanse las láminas 37 y 39); y otros en el país de los Illineses. El jénero de construccion es idéntico; pero los planes y las proporciones se diferencian y todos estos trabajos parecen remontarse á una nacion que ya no existe.

La tradicion mas acreditada y mas comun es que esta nacion, no enteramente civilizada, fué destruida y reemplazada por otros pueblos mas bárbaros. Estos, despues de haberse apoderado del suelo, asolaron los monumentos, hollaron las ruinas

bajo sus piés, y las dejaron usurpar por la invasion gradual de los bosques que echaron raíces entre ellas. Vencedores y vencidos parecen haber venido del noroeste: todas las relaciones de los sachems y ancianos indios concurren á atribuir este camino á las diferentes naciones de América. Desde el mismo tiempo del descubrimiento, los naturales del pais manifestaron esta opinion á los Europeos: les habia sido transmitida de padres á hijos por sus antepasados; y los documentos recojidos posteriormente sobre las emigraciones de los pueblos y analogías de sus rasgos, idiomas, y monumentos que han dejado, hacen presumir que las estremidades nordeste de Asia pudieron enviar á América muchos enjambres de habitantes, y que entre los hombres que pasaron de un país á otro, sea recorriendo de isla en isla los archipiélagos intermedios, sea por el caso fortuito de los vientos y naufragios, los unos fueron sedentarios y cultivadores, y los otros permanecieron cazadores y nómadas. Estas diferencias de condicion no escluyen un comun origen; pero parecen indicar muchas emigraciones sucesivas, cada una de las cuales ha tenido su carácter, y de las que no ha borrado el tiempo todas las señales.

En los países civilizados, los anales de los pueblos son muchas veces atestiguados por inscripciones que vienen á ser los primeros monumentos de su historia; ¿pero qué esplicaciones hemos podido hasta aquí obtener de algunos caracteres, trazados en otro tiempo por pueblos americanos? El mas notable de los cuadros simbólicos que han dejado es una serie de figuras y líneas irregulares, grabadas en un peñasco, cerca del rio Faunton, en la colonia de Massachusetts (véase la lámina 40). A primera vista solo queda uno admirado de una mezcla de signos raros y confusos; pero en medio de este caos se distinguen muchas cabezas humanas; se ve evidentemente que esta reunion de imágenes se dirige á algunos hombres y á sus acciones; y se las podría mirar como un

monumento que dejó á las orillas del mar algun pueblo que habia entendido sus conquistas hasta el punto en que le faltó la tierra.

Algunas veces, recorriendo los bosques de los Indios, se observan aun en el tronco de los árboles signos parecidos, cortados en la corteza ó pintados groseramente con un color vivo y brillante; ya indicando con un emblema el nombre de una tribu salvaje, ya las lunas y los dias en que combatieron los guerreros, las victorias que los han señalado y el número de cabelleras quitadas al enemigo. El exámen de estas figuras conmemorativas que aun emplean los Indios, conduciria quizas á esplicar las que un antiguo pueblo habia grabado en las peñas y cuya forma era también bárbara.

El trabajo de los vasos de arcilla que se han sacado de los sepulcros pareciera indicar una nacion mas adelantada en las artes, pero esta clase de utensilios se perfecciona muy fácilmente; muchas veces la misma naturaleza dió la forma; su modelo se encuentra en la capa fibrosa ó compacta de algunos frutos. La nuez del coco, las calabazas, y otras cortezas semejantes eran los primeros vasos; se imitó su figura; y la necesidad hizo variar su fabricacion.

Se han podido reconocer, en las escavaciones que han hecho encontrar algunos de estos restos, los vestigios de muchas poblaciones de animales cuyas familias ya no existen. Una de estas especies gigantescas se inclina á la forma del elefante; pero escede sus proporciones; la diferencia de su dentadura supone otra en la manera de alimentarse: en América se le da el nombre de Manmouth, y los naturalistas lo han colocado en la clase de los mastodontas.

Antiguas razas humanas no son pues las solas que han desaparecido del nuevo mundo; el tiempo y las revoluciones físicas han destruido allí otras jeneraciones: sus huesos, sepultados en las profundidades de la tierra, mezclados con sus diferentes capas y convertidos al estado fósil, atestiguan su elevada antigüedad

y cada una de estas especies ha tenido su lugar y su reinado. Tantas capas de tierra y de rocas, tantos vestigios de animales terrestres ó marítimos, tantos minerales puestas en fusion en los arsenales de los volcanes y arrojados por sus erupciones, han sido amontonados desordenadamente, ó colocados regularmente sobre la faz del continente americano, de manera que se puede notar, al comparar entre sí las dos grandes partes del mundo, que ambos hemisferios, sometidos á leyes comunes, han recibido también sus producciones y sus especies vivas, análogas en los países que han podido corresponderse entre sí, distintas en los que no han tenido unos con otros comunicacion alguna.

El interés del asunto nos ha conducido á esta digresion; pero el género de obra que hemos de escribir no nos permitira darle mas estension y entrar en investigaciones de filolojía, de arqueolojía y de historia natural que harian perder de vista la serie de los sucesos y las consideraciones anejas á su examen.

Despues de la paz de 1763, mas se ocupaban en América del deseo de conocer bien su situacion actual que de investigaciones especulativas acerca del origen y las antigüedades de los habitantes. Ya no se limitaron á visitar las rejiones situadas al otro lado de los Alleghans, y despues de haber penetrado hácia el occidente, quisieron probar otros descubrimientos al noroeste. En 1766, emprendió el capitán Carver un viaje en aquella direccion; recorrió el lago Michigan y la Bahía Verde; pasó del rio de los Zorros al Wisconsin, navegó en el alto Misisipi, donde reconoció la entrada del rio Santa Cruz y volvió al de San Pedro, que subió hasta en medio del país de los Nadouessis. Luego hizo Carver un reconocimiento igual en la orilla izquierda del Misisipi: entró en el rio de los Chippeways y recorrió todo el país que lo separaba del lago superior. Este viaje entre las tribus indias del noroeste manifestó que todas pertenecian á pueblos cazadores y pescadores; solo modificaba

su género de vida su situacion en medio de los bosques ó de las praderias ó sobre las riberas de los lagos y de los rios.

Semejantes escursiones iban acompañadas de fatigas y peligros; pero presentaban á los viajeros un objeto muy digno de su meditacion: es indudablemente un magnífico espectáculo aquel en que se pueden abrazar y comparar entre sí los dos extremos de la vida social, el limite en que empieza el origen de los pueblos y aquel en que se recojen los frutos de la civilizacion. Semejantes comparaciones acarreaban el que se tuviese compasion de la situacion de los salvajes; pero se hacian pocos esfuerzos para cambiarla; y si á veces se levantaban algunas voces para proclamar los deberes de las sociedades cultas para con las naciones aun en la infancia, eran un estéril homenaje que se rendia á los derechos de la humanidad.

Otro interés que el de los aborígenas ocupaba entónces á las colonias inglesas; ante todo procuraban mejorar sus relaciones con la metrópoli, defenderse de las usurpaciones de su autoridad y por último desembarazarse de las trabas y de las cargas que empezaban á sufrir con mayor impaciencia.

Al estudiar la historia de las colonias, se podía notar que la Europa las habia arrastrado en todas sus guerras. La parte que habian de tomar en las hostilidades era el resultado inevitable de su dependencia; tenian que pelear por todas partes donde encontrasen súbditos de una potencia enemiga; y en cualquier parte en que la querrela hubiese empezado, pronto se estendia de un continente al otro. Esta sujecion habia espuesto las colonias á numerosos ataques y les habia hecho comprar tantas veces con sacrificios los socorros necesarios para su seguridad, de manera que los habitantes no deseaban empeñarse ya mas en guerras europeas, y solo tener que pelear de allí en adelante para la defensa de sus propios intereses y de su territorio.

La situacion de las colonias du-

rante la paz les hacia sentir aun mas habitualmente la necesidad de conservar íntegros sus privilegios políticos y comerciales; discutian sus derechos; y la libertad de opiniones de que habian constantemente gozado les habia hecho contraer la costumbre de analizar los principios de la riqueza pública; no se limitaban á valuaciones inciertas; hacian materialmente todos los cálculos; y esta regla, propia para sorprender todos los ánimos, daba mas precision y valor á las reclamaciones.

Cuanta mas actividad adquiria entonces el comercio de las colonias, mas estaba interesado en librarse de reglamentos rigurosos cuya aplicacion se hacia mas frecuente. Habian concurrido diferentes causas al desarrollo de sus relaciones y llegaron á conocer que el engrandecimiento del comercio de un pueblo no está solo en proporcion de los progresos de su poblacion; se rije tambien por los de su industria y de su bienestar. Una sociedad naciente se limita á satisfacer necesidades indispensables; pero despertada en su seno el amor al trabajo, la emulacion y todos los sentimientos que la conducen á estender la esfera de sus facultades y de sus goces, su industria sigue el mismo progreso; las artes entran en la ciudad; se ayudan mutuamente; aseguran las bases de la prosperidad y del orden público y concurren á ese desarrollo de las facultades humanas que es el mas noble objeto á que pueden llegar las sociedades.

Puede uno convencerse, al observar ese rápido vuelo de la industria en las colonias inglesas, que jamás se habia debilitado hacia mas de un siglo, y que habia sido mucho mas rápido desde el año 1748, época del tratado de Aquisgran. El estado que se hizo de las diferentes operaciones de este comercio durante los veinte años siguientes, manifiesta que, en este tiempo, habia puesto anualmente en circulacion una suma media de sesenta y cinco millones de francos, ya fuese por las ventas, ya fuese por las compras, y que el valor de las esportaciones de la Inglaterra

para la América escedia en diez y seis millones anuales al valor de los productos que de ella recibia. Este balance era favorable á la metrópoli; pero las colonias, para pagar el saldo de cuenta que tenian que remitirla, se aprovechaban de los beneficios de su comercio con las Antillas, las costas de Africa y el mediodía de Europa. Las esportaciones que habian hecho para estos países en 1769 habian escedido en siete millones de francos el valor de sus importaciones; la mayor parte de las mercancías que allí vendian eran pagadas en numerario, y una gran parte de este volvia á Inglaterra. Con todo les quedaba aun que llenar un déficit anual de nueve millones, y renovándose anualmente esta carga hacia preveer el aumento gradual y rápido de una deuda, bajo cuyo peso podrian ser un dia arruinados, á menos que el comercio de las colonias con otros estados adquiriese nuevos desarrollos. Esta estension se hacia necesaria á su prosperidad y cuando la embarazaban las leyes prohibitivas de la metrópoli, se abria entre las colonias inglesas y las posesiones del exterior un comercio de contrabando, tanto mas lucrativo cuanto que se libraba de las tarifas gravosas impuestas por la Inglaterra y que podia fácilmente burlar la vijilancia de la administracion de las aduanas, porque hacia sus desembarcos en un litoral inmenso y de fácil acceso. Con todo la base de un tráfico prohibido es siempre tan frágil, que las colonias deseaban obtener de una manera legal relaciones libres con el exterior.

Las restricciones puestas á su comercio eran particularmente perjudiciales á el de Boston, que era entonces la ciudad mas rica y populosa; pero tambien se hacian sentir en las otras colonias cuyos intereses se hallaban unidos á los suyos. La causa de todas las provincias se hacia una misma; el Massachusetts, al sostener sus propios derechos, podia contar con el apoyo de la opinion jeneral, y las resoluciones cuya iniciativa tomaba, pronto recibian la aprobacion de todo un pue-

blo; pues se empezaba á dar este nombre á los habitantes de las colonias; y esta denominacion, que parecia ya erijir en cuerpo de nacion muchos países cuyos intereses eran los mismos y cuyos deseos eran unánimes, iba á dar á sus movimientos un nuevo carácter de grandeza.

Las colonias inglesas se habian acostumbrado á mantener durante la guerra unas con otras numerosas relaciones. La necesidad de defenderse era una misma para todas; exijia que sus medidas estuviesen concertadas y que sus contingentes militares pasasen luego á las fronteras amenazadas, para tomar parte en las mismas espediciones. Las colonias de la Nueva Inglaterra, desde los primeros tiempos de su formacion, habian dado el ejemplo de estas asociaciones: todas las guerras que estas provincias habian tenido, ya con el Canadá y la Acadia, ya con la Nueva Béljica, ya con las diferentes naciones salvajes, vecinas á sus posesiones, les habian dispuesto á unir sus intereses, sus consejos y todos sus medios de ataque ó de resistencia.

A medida que los dominios de la Gran Bretaña en América fueron estendiéndose á lo largo de las costas del Océano, y que estuvo espuesta una mayor línea de fronteras occidentales al azote de la guerra, todas las colonias interesadas en seguir juntas sus operaciones militares se unieron las unas á las otras. Una parte de las tropas encargadas de su defensa era enviada por la metrópoli: las demás eran levantadas en el mismo país: cada gobierno local tenia sus soldados, destinados en primer lugar á vijilar sobre la seguridad de sus hogares, y despues á socorrer todos los puntos amenazados. Estas tropas americanas, menos regulares y ejercitadas que las de Europa, tenian sin embargo sobre estas la ventaja de conocer mejor el país, de estar mas acostumbradas al modo de batirse de los Indios, de saber evitar sus celadas, y de oponerles ardidés iguales. Las milicias levantadas en América bajo diferentes nombres, fueron luego la fuer-

za principal de las colonias: su número siguió el aumento de la poblacion, y este país pudo empezar á contar consigo mismo para asegurar su propia defensa cuando la Inglaterra hubo adquirido todas las colonias francesas situadas al norte de sus posesiones, y todas las que se estendian entre la cadena de los Apalaches y el Misisipi. No habia ya batallas con tropas europeas: las naciones indias eran las únicas á quienes hubo que disputar el territorio, y sus recursos estaban de tal manera reducidos que las colonias no tenian necesidad para contenerlas de socorro alguno de la metrópoli. Los tribus salvajes podian cometer devastaciones en las fronteras, y llevar el estrago á las habitaciones aisladas: pero muy pronto recibian el castigo de estas violaciones, y cada guerra en que se empeñaban solo aumentaba su impotencia.

Las colonias inglesas que se habian engrandecido en medio de esta larga serie de pruebas, reconocieron que tenian en sí mismas un principio de existencia. Estaban animadas de ese sentimiento de confianza y arrogancia que es consiguiente á la fuerza: calculaban los privilegios que debian tener, los que se les habia concedido, y los que les rehusaban aun, deseaban aprovechar el retorno de la paz para mejorar su situacion y dar mas sólidas bases á su prosperidad. La metrópoli, que habia observado sus progresivos aumentos, quiso á lo menos gobernarlas á su gusto, y procuraba conservar el ascendiente necesario sobre las colonias para continuar reteniéndolas en la dependencia. Hacia mucho tiempo que habia modificado la mayor parte de las cartas antiguas que les habian sido otorgadas, y hecho prevalecer la autoridad real sobre la de los propietarios ó compañías que habian obtenido las primeras concesiones: pero al tratar de simplificar y reforzar su poder, no habia tocado los derechos de los ciudadanos, ni los que tenian de su patria nativa y que eran inherentes á la cualidad de luglés: el juicio por jurados era uno de sus privilegios; y